

DE EN EL
BLANCO.....



RAUL,
= S. A. =

Fabricante desde hace
16 años, de los
vestidos

“Patricia”
y
“Mademoisille”

Talleres:
Av. 20 de Noviembre, 53

Teléfonos: $\left\{ \begin{array}{l} 10-11-21 \\ 10-11-31 \\ 26-73-23 \\ 35-11-04 \\ 39-09-30 \end{array} \right.$

Almacén de Menudeo:
Rep. de Honduras No. 49
Apdo. Postal 8524
Mexico, D. F.

Raul S.A.

Entrada libre

Canudos: cincuenta años después

Odorico Tavares

En el invierno brasileño de 1947, al cumplirse medio siglo de la campaña militar contra Canudos, el escritor Odorico Tavares (1912-1980) se lanzó al gran sertón en busca de los sobrevivientes de la masacre que marcó la historia de Brasil al final del siglo XIX. La crónica de Tavares, dividida en varias entregas, apareció originalmente en la revista *O Cruzeiro*, con fotografías de Pierre Verger, y más adelante las reunió en un volumen, ilustrado por Carybé. Traducción y notas de Antonio Saborit.

El reportero Euclides da Cunha¹

El 7 de agosto de 1897 fue un magnífico sábado soleado en la ciudad del Salvador, agitada y llena de actividad en las calles viejas y estrechas, en su calidad de capital de un estado, donde se trababa la horrorosa lucha de Canudos.

Ese día ingresó barra adentro el *Espírito Santo*, barco que tripulaba el Estado Mayor del ministro de Guerra, general Machado Bittencourt, y del cual formaba parte el periodista Euclides da Cunha. Tres años después, ese reportero de treinta y un años, nervioso e inquieto, daría a su país un libro que sería un monumento imperecedero, *Los sertones*, producto de ese viaje y de esa ardua misión.

¹ “Roteiro de Canudos, II. O repórter Euclides da Cunha”, en *O Cruzeiro*, 19 de julio de 1947, Salvador de Bahía, pp. 54-56, 64 y 66.

Desde el tan conocido episodio de la Escuela Militar —en el que trató de romper la espada frente al ministro de Guerra de Pedro II, en un gesto de desafío quijotescaamente republicano—, Euclides da Cunha se ligó a la prensa paulista.

El joven periodista no tenía dudas sobre los peligros de su empresa, pues era parte de la cuarta expedición que se enviaba a los sertones bahianos, para destruir un reducto de fanáticos, y, peor aún, de “monárquicos feroces”, que estarían recibiendo refuerzos y parque de los sebastianistas, si bien no se sabía más.

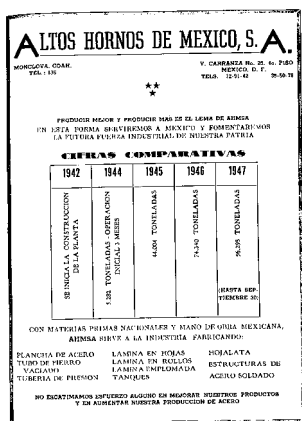
A pesar de los horrores del viaje de cuatro días, de “incidentes vistos todos a través de un malestar inconcebible” en sus palabras, no pudo dejar de consignar el deslumbramiento que le provocó el paisaje de Bahía, expresado en la primera crónica para su diario “escrita velozmente”, diría él mismo, “vertiginosamente, empujado en todo momento, en todas direcciones, sobre la precipitación, sobre la ruidosa agitación de la llegada”. Le estremecieron todas las raíces familiares para evocar la “naturaleza olímpica y fulgurante” de la tierra bahiana, donde naciera su padre, donde nacieran sus parientes, sus tíos, sus primos. Allá estaba la isla de Itaparica, “envuelta en la onda iluminada y tonificante de mañana”; aquí, junto el faro de la Barra, tendido al pie de un “mar sereno como un lago”; enfrente, la ciudad, “derramándose compacta sobre una inmensa colina, con sus numerosas iglesias de torres espigadas y altas, amplios y pesados cimborrios que evocan las basílicas de Bizancio”; y a medida que el *Espírito Santo* se acercaba al muelle, al fuerte de Mar. Es al precipitarse que ve a los soldados, sus compañeros de viaje, que irán a rescatar a la República, “nuestro gran de ideal profundamente consolador y fuerte”.

Y al descender, al pisar tierra bahiana, el periodista Euclides da Cunha ya había cumplido con la obligación de reportero, cerrando su primera crónica, no sin antes poner el punto final —o mejor dicho, la exclamación final, en un entusiasta: “¡La República es inmortal!”.

Porque el periodista no venía sólo a cumplir una misión profesional, venía sobre todo al servicio de la República, la cual, según se decía, estaba bajo amenaza de desaparecer, bajo los tiros de los trabucos de los *jagunços*² de Antônio Conselheiro.

Desde el tan conocido episodio de la Escuela Militar —en el que trató de romper la espada frente al ministro de Guerra de Pedro II, en un gesto de desafío quijotescaamente republicano—, Euclides da Cunha se ligó a la prensa paulista. Y cuando se publicaron sus artículos sobre “Nuestra Vendée” —en los que analizó por primera ocasión el episodio de Canudos, en marzo de 1897—, decidió que el diario paulista encontraría

² *Jagunços*. Ése fue el nombre que se les adjudicó a los miembros del grupo encabezado por Antônio Conselheiro. Quiere decir, literalmente, matones, gatilleros.



en su colaborador un representante ideal junto a la cuarta expedición, al cabo de los tremendos desastres de Moreira César.

Euclides da Cunha no dudó cuando lo invitaron. Aceptó la encomienda y de inmediato procuró informarse de los detalles más pequeños que se decían sobre los sertones bahianos, del reducto de Antônio Conselheiro; y nadie mejor para ello que su viejo y querido amigo, el sabio bahiano Teodoro Sampaio, que se encontraba en la capital paulista. Es Teodoro quien dice: “Se llevó algunas de las notas que le entregué sobre las tierras del sertón que yo había recorrido antes que él, en 1878. Me pidió una copia de un mapa aún inédito, sobre la parte referente a Canudos y el valle superior de Vasa Barris, una sección del sertón que aún era desconocida, y se la di como se la di al gobierno de São Paulo, de la cual hice más de una copia, remitiéndola para Río, al ministro de Guerra”.

Así, con los valiosos informes de Teodoro Sampaio, a quien siempre recurría, en una amistad fraternal y duradera, Euclides da Cunha se incorporó a la expedición, llegando ese alegre sábado, que describió en la página inicial de su “Diario de una expedición”.

Al desembarcar, se hospedó en la residencia de su tío paterno, José Rodrigues Pimenta da Cunha, en la calle de Mangueira, predio bahiano que aún hoy conserva las mismas líneas nobles, la rectitud moral y la hidalguía del pasado. Fue a ponerse en contacto con sus seres queridos, con el tío José, con quien se escribía amistosamente y con quien, en carta, se quejaba del “monarquismo de Bahía que preocupaba a todo Brasil”; los jóvenes primos Arnaldo y Álvaro, la tía Honoria, quien aún hoy lo recuerda con cariño y tristeza.

El reportero estaba poco en casa. El espectáculo de las calles bulliciosas, colmadas de soldados que llegaban de todos los rincones del país, de heridos que bajaban en la estación de Calçada, de las multitudes ovacionando a los héroes, como la “Ciudad Baja, barrio exclusivamente comercial, haciendo estallar desde dentro la frialdad calculadora y sistemática del egoísmo humano” a la entrada del general Savaget. Allí está él, en el fuerte de São Pedro, donde se acuarteló el batallón paulista, o en el fuerte de Barbalho, “acrópolis bahiana”. El hombre que haría de la epopeya de los sertones una escultura inmensa, veía pasar “sobre la ciudad legendaria, un aura guerrera impetuosa, arrebatadora”, de la que participaba como periodista. Ahí cumpliría el destino ya trazado desde la Escuela Militar, cuando le decía a un compañero: “En cuanto a mí, seré un periodista”. Y enfatizaba: “Pero siempre portaré bastón para defender mis conceptos”.

Por la noche regresaba a la casa del tío para escribir su correspondencia, sus telegramas, sus crónicas. En una gran

AUTOS MOSHY

ELIAS MOSHY

Tels. 12-20-77 AVENIDA
35-23-00 MORELOS No. 78



Compra Venta de Automóviles
de todas marcas,
Camiones, Bicycletas y Motos.

LOS MEJORES PRECIOS

ATENCION ESMERADA

Fundada desde hace 17 Años.
SERIEDAD Y HONRADEZ

El historiador que despertó en Euclides muchas veces asumió el tiempo y el lugar del periodista.

Corría entonces a los archivos, para tomar notas, leer, manosear originales, que ciertamente concurrieron en la realización de Los sertones.

habitación, donde tenía la cama, y que compartía con los primos adolescentes, Euclides escribía y dormía. Silvio Rabelo, en un artículo, rememora la visita que hizo a la casa de la calle de Mangueira, en donde el ingeniero Arnaldo Pimenta da Cunha le dibujó estos recuerdos:

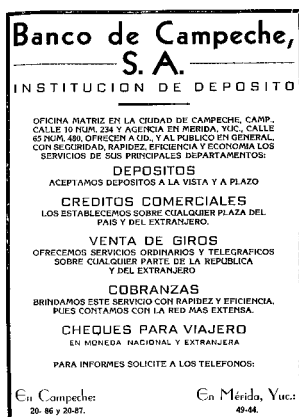
Los chicos de la casa, él, Arnaldo y su hermano Álvaro, dormían en el mismo cuarto. Desde abajo de las sábanas veían a Euclides, sentado junto a una mesa redonda, escribir sus colaboraciones para el *Estado de São Paulo*. En esa labor se le iba buena parte de la noche a Euclides. Tal vez ahí mismo hacía sus lecturas, preparándose desde entonces para el libro que publicaría cinco años después. No sin cierto miedo los chicos veían, ya muy entrada la noche, escribir y leer a ese pariente nervioso, cayéndose de sueño. Ellos tenían entendido, por los mayores, que Euclides tenía mucho de loco. Que no pocas veces, incluso dormido, se levantaba, corría por la casa, hablando y gesticulando en un lenguaje que nadie entendía.

Eso era lo que los chicos más temían: “los movimientos de un sonámbulo que tenía en las manos armas de efecto extraño y, ¿quién sabe?, pudiendo dispararlas accidentalmente, correteando a algún enemigo imaginario”.

A estos dos primos, que se unirían a él en una amistad que llegaría más allá de la muerte, Euclides muchas veces les encargó llevar su correspondencia al correo o al telégrafo. Además de él, sólo a ellos encargaba tal misión. En nadie confiaba, celoso de su responsabilidad, temía el extravío o el retraso de las publicaciones en su diario.

Cuando no iba a la calle de Mangueira a trabajar, recibía a sus compañeros de viaje, oficiales más grandes que él, comandantes, el coronel Teles, Raimundo Bizarria, Sotero de Menezes. O bien, periodistas de provincia, como el poeta Pethion de Villar, Mucio Teixeira, Aloísio de Carvalho (padre), Oscar Viana, que, en la lucidez de su vejez, aún colabora en la prensa bahiana contemporánea. No obstante su aire reservado, Euclides hacía amigos, como el estudiante de Medicina Francisco Mangabeira, quien al referirse a “sus bellísimas y magistrales corresponsalías”, profetizaba, en 1898, que “de publicarse en libro, le garantizarían un triunfo literario”.

El historiador que despertó en Euclides muchas veces asumió el tiempo y el lugar del periodista. Corría entonces a los archivos, para tomar notas, leer, manosear originales, que ciertamente concurrieron en la realización de *Los sertones*. Pero frente a la riqueza del material no quedaba satisfecho y lamentaba sus arduas y absorbentes funciones de reportero,



las cuales le impedían estudiar mejor a la Bahía histórica. Todo le fascinaba y mientras no salió rumbo a Canudos, se levantó diariamente a “sacudir los archivos de los que habla mucha gente sin nunca haberlos visto o sentido”. Y para gloria de esta anónima y agraviada prensa del interior, en un “periódico modestísimo y mal impreso”, *A Pátria*, de São Félix de Paraguaçu, fue a encontrar “por medio de la pluma inexperta del sertanero inteligente, la primera página de esta campaña crudelísima”.

Y al salir de los archivos, al visitar a los heridos en hospitales improvisados muchas veces, supo detenerse en el silencio de las iglesias. Como la del monasterio de São Bento, para mirar las lápidas “que aparecen como palimpsestos de mármoles mal conocidos en recuerdo de días muy remotos” y quedándose allí “largo tiempo, absorto”. Y así, el reportero “desconocido no es más que un griego de la antigüedad en las calles de Bizancio”, el cual sentía salir de una “gran transición en apenas cinco minutos, en ese pasar insensible y raudo, al descender por una escalera, de un presente agitado y ruidoso a la penumbra silenciosa del pasado indefinido”.

Por fin el reportero se inquieta. Sus crónicas, llenas de la humanidad que instila la tierra bahiana a los que saben oír el incesante palpitar de su alma, dejan de revivir las delicias de la tierra, el movimiento de las calles, las manifestaciones de los héroes, de los heridos, para pensar directamente en la lucha de Canudos. Se remiten las noticias provenientes del teatro de la guerra, pero no es suficiente. El periodista que descendió la escalinata del barco, casi gritando “¡Viva la República!”, ya comienza a percibir que, aparte de una reacción monarquista hay algo más en las colinas de Canudos. Hay un drama pavoroso que no puede ocultarse por mucho tiempo a sus ojos y a su alma inquisidora. Por otra parte, recién llegado, ya mandaba decir que “no se hace una guerra subordinada a preceptos inviolables: se hace una diligencia policial con ocho mil hombres”. Y cuando los prisioneros arriban a la capital, cuando el reportero va a entrevistarlos, comienza a dudar. Entonces, con su color humano, con su simpatía hacia los hombres, sabe contar el episodio de “Matadeira”,³ el cual repetiría magistralmente en *Los sertones*. Él es, quizá, de los pocos que comprendió el valor de los sertones desde el inicio. Y ante los testimonios de los jóvenes *jagunços*, incluso en la capital, Euclides dice: “No mienten, no engañan, no evaden, en esa edad, las almas ingenuas de los rudos hijos del sertón”.

³ *Matadeira*. Nombre del cañón que empleó el ejército federal en su lucha contra la gente de Antônio Conselheiro.



Para el reportero, en el espacio de la capital ya todo fue descubierto; y con gran placer, en su crónica del 23 de agosto, a los dieciocho días de haber llegado a Bahía, asienta que “ésta será la última carta que escribiré desde este punto en el que quedé involuntariamente retenido, luchando con una falta de asunto extraordinario, que debió haberse notado”.

Hasta la mañana del 31 de agosto parte de la estación de Calçada hacia el interior, para la gran jornada de los sertones bahianos. El ansia del reportero es inmensa y al parecer no siente los percances del viaje; tal es su curiosidad, su interés desmesurado en el asunto. Llega a Alagoinhas, a ciento y tantos kilómetros de distancia, de donde remite su primera crónica, y todo es satisfacción y deslumbramiento. Euclides no siente lo incómodo del viaje. Por el contrario, se alegra porque el recorrido fuese rápido “en un tren ruidoso y festivo arrasado velozmente por una locomotora poderosa”, sin que una partícula de polvo cayera sobre su dolmán de oficial del ejército. Todo lo encantaba y la naturaleza comienza a ser observada no sólo por el reportero, sino por el geólogo, por el botánico y, sobre todo, por el gran poeta, en cuadros que boceta y que después concluirá, con el toque final de las páginas de *Los sertones*. Al pasar por Pojuca, un republicano ferviente, miembro de una nueva cruzada, ve en lo alto de una colina la residencia histórica del Conselheiro Saraiva; y consigna, para sus lectores republicanos —muchos de ellos casi tan fanáticos como los de Antônio Conselheiro—: “El ideal democrático, mejor que cualquier otro, honra el culto a los grandes hombres, fortalece la solidaridad humana y eleva a la justicia suprema a la posteridad: bajé la cabeza ante la memoria venerada del Conselheiro Saraiva. Todavía no se descendía a la concepción estrecha de hacer de un gran día, el 15 de noviembre, un parteaguas entre dos épocas. No hay autos-de-fe en la historia”. El tren, “veloz y poderoso”, que no permite que caiga una partícula de polvo sobre el dolmán del reportero, sigue su camino sobre Engenho Central, Catu, para llegar a Serrinha, donde su entusiasmo se atenúa un poco. Ahí consigna que, “al igual que nosotros, el pueblo trabajador anhela el fin de la campaña”. Al día siguiente se detiene en Queimadas, donde permanece tres días. En la boca del sertón, reuniendo material que utilizaría en su gran libro futuro.⁴



INTELIGENTEMENTE COMPARE. La mejor propaganda es nuestro propio calzado. En México Domit hace un zapato...
COMO EL MEJOR DEL MUNDO

⁴ El ingeniero Arnaldo Pimenta da Cunha, quien fuera primo y gran amigo de Euclides da Cunha, y al que debo información sobre la estancia de Euclides en Bahía, me cuenta que un ordenanza suyo, de regreso de Canudos, trajo, horrorizado, un saco lleno de piedras que el autor de *Los sertones* fue recogiendo por el camino para sus estudios sobre la naturaleza del terreno. [Nota de Odórico Tavares, aparecida en *O Cruzeiro*, pero no así en el libro.]

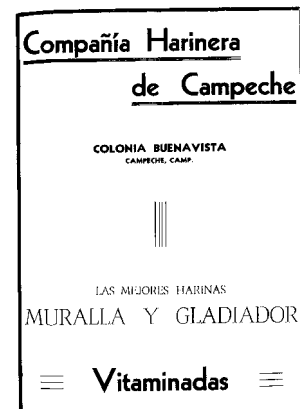
Del 7 al 10 de septiembre se queda en Monte Santo, base de operaciones; el 11 llega al “inmenso Campamento de Canudos”. Su primer asombro consiste en que los antecesores de su expedición “nada han dicho aún sobre un terreno cuya disposición topográfica y su constitución geológica son sencillamente sorprendentes”. El científico se anticipó al hombre que estudiaba la tierra como quien estudia el cuerpo humano, como el que ve la sangre, los nervios, los músculos.

Euclides va a presenciar, con los ojos espantosamente abiertos, el drama trágico de aquello que Gilberto Freyre llamó el “choque violento de culturas: el del litoral, modernizado, europeizado, urbanizado, con la cultura arcaica, pastoril y fija de los sertones”. Permanece en la zona cerca de un mes, ante los tremendos peligros de destrucción sistemática del Campamento, destrucción no sólo de las casas o de los reductos militares, sino también de los cuerpos humanos, destrucción que va más allá de la muerte; va al exterminio sistemático de los cadáveres, por degollamiento, por fuego, en que los refinamientos de la brutalidad llegan a los mayores extremos. Y cuando Canudos ya era sólo un amontonamiento de cuerpos sin cabezas, de podredumbre de cadáveres en descomposición, Euclides se retira con el Estado Mayor. El hombre que había nacido para vivir y amar, tan lleno de calor humano y con la sensibilidad a flor de piel, llega a ser el testigo, el cronista de una tragedia espantosa.

De inmediato, el regreso silencioso a la capital bahiana, sin haberse restablecido de las “fiebres” contraídas en Monte Santo. El reportero, sin embargo, ya no era el mismo. Algo maduró definitivamente en él. Quien dejara el Sur con gritos de “Viva la República”, quien se precipitara a contar a los lectores de su diario una epopeya de “titanes bronceados” contra fanáticos monárquicos, venía derrotado interiormente por los del sertón. Los muertos que se quedaran en los montes, sin sepultura, comidos por los gusanos, a lo largo de las colinas de Canudos, ya habían conquistado una voz para el futuro, para cantar, a través de las palabras de una epopeya, la riqueza de su ferocidad indomable. Euclides era otro. Aún en pleno sertón ya anunciaba el cambio, pidiendo justicia para aquella gente: “Seamos justos: hay algo grande y solemne en ese valor estoico e incoercible, en el heroísmo soberano y fuerte de los rudos patricios descarriados y cada vez reconozco más que la victoria más bella, la conquista real, consistirá en incorporarlos, mañana, en breve, de manera definitiva, a nuestra existencia política”.

Y dejando definitivamente la Bahía de su familia, la Bahía de sus primeras letras, la vieja Bahía de la que más tarde dirá a Pethion de Villar que “es también un poco mi tierra”,

El hombre que había nacido para vivir y amar, tan lleno de calor humano y con la sensibilidad a flor de piel, llega a ser el testigo, el cronista de una tragedia espantosa.



regresa a São Paulo. Teodoro Sampaio, el viejo amigo, lo recibe para recoger las impresiones de su desilusión:

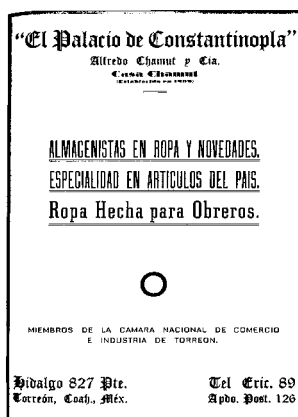
Pero cuando aquel lúgubre episodio terminó entre el fuego y la sangre; vencida, pero no rendida la persistencia del *jagunço* fanatizado, y Euclides, convencido y también desilusionado, regresó al seno de la familia, el alma del patriota era ahora la que se rebelaba, el corazón afligido, el ánimo por explotar contra la bajeza de quien no sabe vencer sin manchar; contra la miopía de quienes no supieron ver, por encima del *jagunço* fanático, el alma del brasileño del sertón capaz de los rasgos de heroísmo más sublimes.

Tres años después, el reportero Euclides da Cunha levantaba su monumento a los héroes de Canudos: a los soldados y *jagunço*, a los brasileños que en la ignorancia de los gobiernos se enfrentaron unos a otros en una carnicería sin precedentes. No sé de Brasil, pero el mundo entero se enriquecería con la grandeza de *Los sertones*.

El reducto de Antônio Conselheiro⁵

Cuando el coronel Moreira César dejó la capital el 7 de febrero de 1897, al frente de las tropas de la tercera expedición a Canudos, mostró que no deseaba perder ni un solo minuto; con él, nada más que la guerra relámpago. El día 2 de marzo llegaba al reducto de Antônio Conselheiro para el gran desastre militar. El precursor del *blitzkrieg* en el sertón bahiano fue el primero en morir ante los *jagunços*, dispuestos a todo. Pero realizó este “prodigio de rapidez”: llegar a Canudos a los 27 días de haber salido de Bahía...

Salimos de la capital en la madrugada y a las 14 horas íbamos llegando a Canudos. Son diferentes los tiempos, diferentes los caminos, los hombres son diferentes. Tímidamente, la cultura del litoral se infiltra por estas regiones, procurando terminar con los restos de otra cultura, la pastoril, como lo sugiriera el maestro de *Casa-Grande e Senzala*; sin embargo, la naturaleza es la misma. Recorremos leguas y leguas, bajo un inmenso matorral de árboles secos, enjutos, cenizos, muy cenizos, como si hubieran recibido los colores lívidos de un extraño pintor. Ni siquiera un [atisbo de] verde, ni siquiera en el propio



⁵ “Roteiro de Canudos. 1. O reduto de Antônio Conselheiro”, en *O Cruzeiro*, 19 de julio de 1947, Salvador de Bahía, pp. 8-18.

juazeiro,⁶ para atenuar la luz fuerte, la luz que grita, se exagera a través de sus garabatos. Y por aquí y por allá los solitarios mandacarús, indiferentes, majestuosos, tremendos, fantásticos.

Estamos atravesando la misma zona que fuera el escenario de la Guerra de Canudos, de la resistencia espantosa de los *jagunços* de Antônio Conselheiro contra las tropas que vinieron a estrellarse contra el muro diabólicamente defendido del reducto de *Bom Jesus*. Y bajo este sol, que hace vibrar al aire frente a nuestros ojos, en el calor abrazador de octubre, ante la desolación y la ausencia de hombres, por estos caminos, donde hasta las cabras escasean, en decenas y decenas de kilómetros de tierra solitaria, el reportero se esfuerza por no dejarse conmovir. Hace cincuenta años, sobre estas piedras que refulgen bajo el calor del sol, en medio de estas espinas y caatingas, hombres sencillos y heroicos, bajo el signo del fanatismo, dieron la pelea en nombre de Antônio Conselheiro, pero también en defensa de un estilo de vida que proscibieran los gobiernos. Y la tierra aparece como esta fuerza lacerante, aparece como un cuadro que nos resultaba conocido, un cuadro que ya habíamos sentido, vivido, comprendido: allí está no en función de la grandeza de Dios, sino que ahí se conserva para mostrar la grandeza del arte de un hombre rudo, vivo, lacerado y enorme como ella. La tierra maldita de Antônio Conselheiro como que salta de las páginas de Euclides da Cunha para vivir ante nuestros ojos.

No viene mal resumir aquí algo de la historia: En 1893 llega a Canudos Antônio Conselheiro. La aldea en decadencia se transforma, crece, se amplía y se convierte en uno de los mayores aglomerados humanos de que se tenga noticia en los sertones bahianos y del Nordeste brasileño. ¿Quién era ese hombre que tenía el poder de dominar a los hombres, mujeres, niños, de atraerlos hacia él, tan sólo con su palabra, su prédica, por las tardes, con la puesta del sol?

Antônio Mendes Maciel, el Conselheiro, no era de Bahía, era cearense. Proviene de una familia tradicional en el interior de Ceará, familia célebre por las luchas que libró con los Araújos. Un exterminio de muerte entre ellos, de odio sangrando los corazones, liquidando de uno y otro lado. Se cuenta que Antônio Conselheiro, de niño y adolescente, era indiferente a todo, que no había nacido para matar y morir. Empleado de almacén, con cierta educación, sabía de crónica familiar, sin tener interés, por lo menos aparente. Se casa y es infeliz. Él mismo difundió la leyenda de que, no gustándole la nuera

Se cuenta que Antônio Conselheiro, de niño y adolescente, era indiferente a todo, que no había nacido para matar y morir.



⁶ Juazeiro [o jua, *Ziziphus joazeiro*]. Árbol de [la región de] caatingas, resistente a las sequías.

a la madre, ésta lo hizo ver que aquélla le era infiel. Le sugiere que pretexto un viaje y volviese por la noche: encontraría un hombre en su lecho conyugal. Tal hizo el Conselheiro y en la noche vio un bulto en la ventana de su cuarto. En la oscuridad mató a su esposa también. Verificó, horrorizado, la inocencia de la mujer: el bulto era su madre vestida de hombre. El empleado cearense se vuelve un judío errante, de pueblo en pueblo, dueño de cien profesiones. En una ocasión cae preso por herir a un pariente. En libertad, desaparece para más adelante aparecer en Bahía, “un anacoreta sombrío de cabellos crecidos hasta los hombros, barba desgredada y larga, rostro de calavera; mirar fulgurante; monstruoso dentro de un hábito azul de lino americano; pegado al bastón clásico en que se apoya el paso tardo de los peregrinos”.⁷ Recorre los sertones de Pernambuco, de Sergipe, es encarcelado en Bahía, se va a la capital; lo deportan hacia Ceará, regresa a la localidad de la prisión, exactamente el día señalado. Construye iglesias, abre cementerios, realiza mejoras aquí y allá. Una legión de fanáticos, en un principio pequeña, crece, se vuelve numerosa, inquietante para las autoridades. En un pueblo sertanero hace que la gente se levante en contra de las leyes de la naciente República. Eso fue en 1892. Su gente se enfrenta con las fuerzas policiales. Receloso, sin embargo, se retira para establecerse en Canudos.

El decadente poblado aumenta asombrosamente. Todo el mundo descende, viene de todas las regiones para servir a Antônio Conselheiro. Sus “milagros” son cosa de todos los días; sus plegarias, de todas las tardes. No se pide un documento de identificación a los que vienen a sumarse, hora tras hora, al Campamento. Las casas surgen por doquiera, de una sencillez aplastante. El fanatismo crece, se tiene al Conselheiro por *Bom Jesus*. Desde un inicio hay los que se alarman, pero los gobiernos se muestran indiferentes. La Iglesia intenta intervenir y los padres que llegan al Campamento, torpes e insensatos, agravan la situación en lugar de atenuarla. Pasan los años y el Campamento de Canudos, con sus fanáticos dispuestos a matar y morir por su milagroso *Bom Jesus*, desafía a los gobiernos y a las autoridades. Es inevitable la lucha que se insinúa.

Un embarque de madera para la iglesia nueva de Canudos, hecho en Juazeiro, no se entrega. El Conselheiro monta en cólera y amenaza con ir a buscar la madera con sus propios matones. El juez del distrito solicita providencias al gobernador. Llegan a Juazeiro cien soldados y bajan hacia Canudos. Los *jagunços* se anticipan, han de desbaratar a las fuerzas en

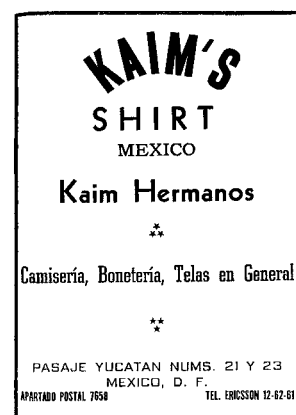


⁷ *Los sertones*, segunda parte, “El hombre”, capítulo IV. (N. del T.)

Uauá. El gobierno se alarma con el desastre, y días después sale de Bahía una nueva expedición de 200 soldados y 11 oficiales, al mando del mayor Febrônio de Brito. Se da el episodio del camino de Cambaio y en seguida, en las puertas de Canudos, en nueva refriega, las tropas reculan, se baten en retirada, cuando la victoria parecía inminente. A pesar de las pérdidas, los *jagunços* son miles. Un milagro de Conselheiro se ha de consumir, ellos eran invencibles, contaban con la protección del *Bom Jesus*. Las tropas les habían traído un nuevo factor de victoria: las armas modernas que quedaron por los caminos.

Mientras tanto, alarmado con el conflicto e incapaz de comprender el aspecto social del mismo, el país se dejó llevar por el eslogan de “¡La República corre peligro!”. La acción de los *jagunços* de Canudos, para las autoridades, para la prensa y, por lo tanto, para el pueblo, era un atentado contra la República; sebastianistas feroces, comandados por gente de la monarquía. Fue entonces cuando el gobierno ordenó la formación de una expedición oficial al cuidado del coronel Moreira César, célebre por su valentía personal, ¿y por qué no?, por su crueldad para lidiar con los enemigos. Moreira César zarpa, en Río, el 3 de febrero de 1897, y el día 8 del mismo mes ya estaba en la ciudad de Queimadas, en el interior de Bahía. Se lanza en un *blitzkrieg*. Sin conocer el terreno con el que iba a lidiar, la gente a la que enfrentaría, el terreno donde iba a marchar, lanza a sus soldados en una carga, al tiempo que los anima con la certeza de la victoria. Encuentra por los caminos un *mata passarinho*⁸ y, para él, ésa es una táctica con la que combate el *jagunço*. Nada de descanso. La vista del Campamento, por fin, al cabo de un mes de haber salido de Río, convoca a las tropas a ir a almorzar en Canudos. Fue un desastre. Luego de entrar, Moreira resulta herido de muerte. Pasa el mando al coronel Tamarindo, quien da la orden de combate más singular: “Es tiempo de morir, cada uno cuide de sí”, no sin antes parodiar pornográficamente la frase: “Yo sabía que esto me haría pedazos la retaguardia”. Los *jagunços* desbaratan la expedición. Una vez que han muerto Moreira César y Tamarindo, el heroísmo de muchos, sin embargo, salva la honra de 1 300 hombres, metidos en un infierno pavoroso que nunca imaginaron, seducidos por el hecho de venir por el optimismo del jefe. Un mundo de armas y parque cayó en manos de los *jagunços*, que se fortalecerán para llevar la lucha a proporciones inusitadas.

⁸ *Mata passarinho*: mata pájaros. Se refiere al refugio hecho con la fronda de un árbol el cual, suspendido a dos metros del suelo, tenía capacidad para soportar y ocultar a uno o dos tiradores.



Los episodios heroicos dan testimonio de la valentía de ambas partes. Los nombres pasan a la historia y, junto a los de generales y coroneles, los de jagunços valientes e indomables.

En todo el país crece la agitación: la República pelagra y urge salvarla. Acuden batallones provenientes de todos los estados: del Amazonas a Río Grande del Sur vienen fuerzas federales para la capital bahiana, para concentrarse en Queimadas, la entrada al sertón, al margen de la vía de São Francisco. La cuarta expedición la integran seis brigadas, al mando del general Artur Oscar [de Andrade Guimarães]. Dos columnas, una al mando de este último y la otra a las órdenes del general Savaget, avanzan sobre Canudos; la lucha que dió inicio en junio de 1897 se prolonga hasta octubre, en un proceso de aniquilamiento nunca antes visto. Los *jagunços* se defienden con una valentía, con una persistencia, con un furor que asombran. Por fin, Canudos es destruido, pero no se rinde, y todos sus defensores mueren bajo la metralla, el fuego, el degollamiento. Los vencedores llevan la victoria a los límites de la brutalidad. Y el cronista, que llegó a entender el drama de esa brava gente, enfatiza dolorosamente que aquello “no fue una guerra, fue un aplastamiento”. Los episodios heroicos dan testimonio de la valentía de ambas partes. Los nombres pasan a la historia y, junto a los de generales y coroneles, los de *jagunços* valientes e indomables. Muerto Conselheiro, exterminada su gente, reducido su Campamento a escombros, su espíritu permanecería vagando por aquel escenario tenebroso durante muchos años. Canudos tardaría en ser un lugar habitado por seres humanos. Hasta 1909 surgieron las primeras casas. Hoy es un pequeño pueblo quieto en el que el crimen se limita al robo esporádico de cabras.

Atravesamos lentamente la plaza principal de Canudos, escenario de toda su vida tranquila. Algunas personas conversan por las aceras, otras escuchan por la radio el juego de fútbol. Casitas pequeñas y limpias, uno que otro desván y la iglesia. Más allá, el pequeño barrio de casas de madera, perteneciente al personal [de la Inspección Federal] de Obras Contra las Sequías. ¿Dónde quedaron los vestigios de la lucha que liquidó a miles de hombres y que puso a temblar al país de norte a sur?

La destrucción fue de tal magnitud que no quedó nada; apenas los cimientos de la iglesia vieja y casi nada del suelo de la iglesia nueva que levantara Conselheiro. En pie, como un testimonio acibillado por las balas, serena en el seco paisaje, una cruz erigida también por el *Bom Jesus*. Sufrió poco. Una inscripción de piedra en el suelo, visible, intacta: EDIFICADA EN 1893 POR A.M.M.C.⁹ Y al pie de la cruz, los exvotos. Hay quien dice que fueron colocados en pago de las promesas hechas a la Cruz y a Antônio Conselheiro.



⁹ A.M.M.C., iniciales de Antônio Mendes Maciel Conselheiro.

El piso a su alrededor está hecho de una infinidad de pedazos de teja, de “metralla”, de la materia desintegrada de las casas: piedra, barro cocido, ladrillos. Después de cincuenta años, son ellos los vestigios de miles de casas. Y en medio de esta desolación, de las ruinas de la iglesia vieja y de la nueva, un viejo umbú, resiste los tiempos, las sequías, como resistiera la calamidad en 1897.

El mercado es un pequeño aglomerado en torno del almacén central. Ahí está expuesto lo que constituye el alimento esencial de esta gente: carne de res seca, azúcar morena de Ceará, harina de mandioca. Las frutas son escasas, y las verduras, una ficción. “Aquí no se da nada ya y cuando se quiere algo mejor se compra en Cumbe”.¹⁰ Junto, un grupo de mulas, los jumentos que constituyeran uno de los factores de la victoria de la cuarta expedición.

Los mercaderes, con sus sombreros de cuero, venden, compran, intercambian sus productos, repitiendo estas operaciones todos los lunes. “Todo es muy caro”, dicen, “no se puede vivir de nada”. Son los herederos de la valentía de los viejos *jagunços*, con cuyos sobrevivientes nos vamos topando, uno u otro, con el paso de los días.

En la aldea, la llamada civilización moderna aún no llega francamente —a pesar del cine—, mal ingresa por medio de los diarios de la capital, encuentra sus vehículos en las radios de uno que otro individuo mejor abastecido, en las dos escuelas existentes, o por intermedio de los camiones que pasan día y noche, atravesando los sertones de Bahía, Pernambuco, Ceará, para llevar artículos de primera necesidad y abastecer toda la zona, donde nada se planta porque nada crece de las piedras, sólo esta extraña y variada flora de cactáceas.

A trescientos metros del centro, un monumento a los muertos de Canudos, levantado por la IFOCS.¹¹ Una pieza enorme, la *Matadeira*, que once pequeños *jagunços* terminaran de destruir un día y otros diez pagaran con la vida su gesto heroico e inútil, se levanta sobre una plataforma de granito. Fue el terror de los fanáticos y el sino de la iglesia vieja cuando estalló, doblando a siniestro debajo de su carga poderosa. Impotente, negra contra el sol, su silueta domina por un momento las colinas, con un pequeño y bien cuidado cantero de cactus en su planta.

En la fría mañana, tan distinta al calor insoportable del mediodía y sólo comparable a la grata temperatura de las bellas noches de Canudos, recorreremos los alrededores, las colinas, cada una de las cuales representan escenarios de luchas sin

¹⁰ Ciudad que hoy se llama Euclides da Cunha.

¹¹ IFOCS: Inspeção Federal de Obras Contra as Secas.

PIELES FINAS

KATIA

AV. 20 DE NOVIEMBRE 33 TEL. 18-33-58
CUARTO PISO MEXICO, D.F.

TENEMOS LA COLECCION MAS EXTENSA DE ABRIGOS, ZORROS, MARTAS Y MANGUITOS DE PIELES.

SOMOS ESPECIALISTAS EN LIMPIEZA Y RENOVACION DE ABRIGOS Y PIELES.



Le temen a la sequía, como ya le temen a los precios exorbitantes. Sin embargo, hay los que, por lo menos en la apariencia, son indiferentes a todo.

precedentes en los sertones brasileños: allá está Favela, arriba Mario, la sierra de Caipá. Vamos pisando las piedras del camino, filosas como navajas, sintiendo ya la tortura de un sol que escalda. Por el camino de Rosario, cruzamos los lechos secos de dos ríos, en donde unos pocos animales buscan inútilmente algún pozo de agua. Al cabo de caminar diez kilómetros damos con la cruz del coronel Tamarindo. A un lado está el pie de la caatinga, donde los *jagunços* colgaran su cadáver degollado, uniformado, abofeteado, como un espantapájaros siniestro con el que se toparán los soldados de la cuarta expedición. A su alrededor sólo se yerguen sobre el terreno piedras y folículos, como flora fantasmagórica. Al pie de la cruz, un arbusto seco que alguien plantó para adorno del túmulo de un jefe que, si bien dudó por la sorpresa de tener que asumir el comando de tropas ya derrotadas, supo morir honrosa y valerosamente.

El Vaza-Barris, que en los días de crecidas sube amenazador, arrastrando cachivaches a metros de distancia de su sitio, hoy es apenas un camino de arena, y aquí y allá aún ofrece la limosna de un pozo inundo y salobre para que beba el ganado. “La sequía está horrorosa, este año está condenado”, es la frase que escuchamos en todas partes. El hambre va a apretar, en este tiempo terrible de precios altísimos, de falta de productos, en un poblado a 420 km de distancia de la capital bahiana.

Estos rostros están intranquilos, conocen las privaciones que los esperan. Son mozos, jóvenes y muchas veces bellos, lindas muchachas sertaneras que desmienten encantadoramente las teorías sobre las vitaminas, con sus rostros de piel rosada o dientes brillantes, en una tierra en la que la harina de mandioca, la carne de res y el azúcar morena son la base de la alimentación. Le temen a la sequía, como ya le temen a los precios exorbitantes. Sin embargo, hay los que, por lo menos en la apariencia, son indiferentes a todo. Ya conocieron otras sequías, ya conocieron otras terribles privaciones, vieron a sus amigos, a sus familiares, a sus hijos y padres muertos, degollados: son los viejos sobrevivientes de la lucha de Canudos. ¿Qué son para ellos las desgracias del mundo? Se muestran indiferentes, serenos, tranquilos. Son veinte, tal vez treinta. Hablemos de ellos y con ellos.



Los sobrevivientes¹²

Entre los sobrevivientes de Canudos puede haber una mayor o menor reserva sobre Antônio Conselheiro; pero al cabo de

¹² “Roteiro de Canudos. 3. Depoimento dos sobreviventes”, *O Cruzeiro*, 19 de julio de 1947, Salvador de Bahía, pp. 58-62, 36, 42, 52.

cincuenta años, no existe una opinión en contra: “El *Bom Jesus* fue un santo que sólo aconsejaba el bien”.

—Nunca hizo mal a nadie —nos dice María Avelina da Silva, en su mutismo, en la gravedad de sus setenta años. La suya es una fisonomía impresionante. Observa como si se fijara a través del tiempo, como si no se interesara por las cosas reales. Su rostro es un auténtico laberinto de arrugas, de mucha vida vivida, por todos los horrores que conoce el sertanero. De negro, con un chal en la cabeza, en la puerta de su casa, María Avelina es reservada ante los presentes. Con nuestras preguntas, su pensamiento como que divaga, ajeno al medio ambiente. Cuenta, por fin, en sentencias breves, su historia corta y trágica, como la de todo sobreviviente de Canudos.

Cuando dio inicio la destrucción del Campamento de parte de las fuerzas de la cuarta expedición, María ya no vivía en el reducto de Antônio Conselheiro. Allí nació, vivió y contrajo matrimonio. Al empezar la lucha, se apartó de Canudos y se fue a vivir a la hacienda Pôtro-de-Cima, del doctor Paulo Fontes, antiguo juez seccional en la capital bahiana. Con la destrucción completa, se desplazó aún más lejos, hacia Cocorobó, otra hacienda también del doctor Paulo Fontes. Y años después, al regresar, ya empezaban a aparecer nuevas casas en el Campamento.

—¿De qué sirve continuar hablando de esas cosas? Ya pasaron. Estoy vieja y quiero morir en paz.

—¿Y el Conselheiro?

—Murió también, déjelo por la paz. Por él no había mal en el mundo. Lo persiguieron y ahí está la desgraciadera que ocurrió. No se siga metiendo con esas cosas, joven.

Francisca Guilhermina dos Santos es diferente, como una admirable sonrisa maternal, buena, acogedora. Con ella todos se sienten a gusto, no tiene prisa, el pasado como que no le pesa, como que no siente la amargura de la tragedia. Todo viene en una evocación mansa, en una tristeza pasiva:

—Yo tenía unos quince años cuando el cerco apretó al Campamento y, en lo personal, vi que no tenía más caso. Las tropas federales sólo dejaron abierto el camino de Uauá, mucha gente aprovechó y yo me fui a la hacienda Lagoado-Marí. Pocos días después llegó la noticia de la liquidación de los *jagunços*. No podía creer tanta desgracia junta. Ângelo dos Reis, un hacendado de aquí cerca, vino con veinte hombres, a reunir cadáveres, para enterrarlos. Fue mucho trabajo, pero la caridad del hombre era inmensa y dicen que, sólo viendo, hasta un niño vivo se encontró en medio de la podredumbre.

Francisca Guilhermina habla pausadamente. No concatena los acontecimientos, los cuales no llegan en orden cronológico, al responder las preguntas o al tomar la iniciativa ella misma:



Quien desee conocer a los sobrevivientes de la lucha debe llegar a Canudos el día del mercado. Algunos de ellos se presentan en la aldea, para vender o comprar, porque viven, en muchos casos, a leguas enteras de distancia.

—Yo veía a Conselheiro, al que todas llamábamos el *Bom Jesus*, hablando con suavidad, por la tarde, para el pueblo y sólo daba buenos consejos. Después vino la lucha, fue una desesperación, pero teníamos fe en el hombre y todo era por amor de Dios. Me acuerdo muy bien que nadie dudaba de la victoria, teniendo un jefe como él. Siempre que había barullo, nuestros hombres terminaban más armados. Al principio las armas eran unos juguetes, cosas hechas aquí mismo, traídas por los que llegaban a Canudos, pero después, con los enfrentamientos, la cosa mejoró.

”La pérdida de Moreira César fue una fiesta, los *jagunços* se hicieron de armas y parque como quien levantaba piedras de los caminos. No me olvido del coronel Moreira César. Lo balearon dentro de la aldea y murió más adelante. Cuando se difundió la noticia de su muerte fue una cosa muy rara. Yo había ido a recoger unas guayabas con unas compañeras y nos vinieron a llamar para que viéramos el cadáver. Estaba tirado ahí, un hombrecillo bajo, moreno, medio chueco, de pelo corto; el pueblo estuvo espionando tres días y tres noches. Los *jagunços* vinieron después a quemar el cadáver. Nadie podía creer que, un día, la desgracia viniese como vino.

”Pero cuando vino, vino. Al ver las cosas perdidas, el Conselheiro ordenó destruir propiedades en un radio de cinco leguas a la redonda para que los soldados no se avituallaran. Él ya no podía controlar la situación, por él no habría habido tanto horror. Yo lo oí, en una ocasión, hablar para el pueblo, decir que los hombres se debían rendir, porque si no ellos dejarían de proteger a los jefes. Pero de nada sirvió, João Abade dirigió la lucha, bravo como sólo él.”

Uno de los jefes que Francisca Guilhermina recuerda con amargura e ira, una ira serena, es el negro Vicentão:

—Era un jefe muy malvado. Le bastó sospechar que Antônio da Mota, un comerciante del Campamento, estaba enviando cartas de denuncia para las tropas, para que lo matara junto a todos sus familiares masculinos. El hombre y los hijos fueron cazados y muertos sin piedad. Una mujer le mató a uno de los hijos, a palos, con una furia de la que nunca había oído hablar. Y Vicentão, luego, andaba de casa en casa, viendo si alguien lamentaba la muerte de Antônio da Mota, para matarlo.

Quien desee conocer a los sobrevivientes de la lucha debe llegar a Canudos el día del mercado. Algunos de ellos se presentan en la aldea, para vender o comprar, porque viven, en muchos casos, a leguas enteras de distancia. En el camino, en busca de la cruz del coronel Tamarindo, nos topamos con José Travessia. Su figura algo recuerda la de Don Quijote. No quiere que le tomen una foto, alega que se tiene que afeitar,



así va a salir feo. Suelta una carcajada sarcástica y dice que, además de tuerto, [aparecer] barbón es mucho para él.

—¿Por qué me llamo José Travessia? Se lo voy a contar. Mi madre atravesaba este fin del mundo, cuando sintió los dolores. Ahí mismo en el camino nació yo y nos fuimos a vivir por aquí cerca, en Barriguda. Tenía unos diez años cuando empezó a apretar el “negocio”, la vida era un infierno. Las fuerzas llegaban, todo lo quemaban, con Artur Oscar se acabó para siempre Canudos. Me fui para el campo, comiendo *gravatá* y durmiendo al Dios dirá, para ver si escapaba con vida. Mi padre murió, luchando junto a João Abade, que era un hombre directo y con él no había cosa fácil. Incluso, cuando cayó el Campamento tuvo que prenderle fuego. En compensación, mi hermano, que luchó en serio, no salió herido ni siquiera mínimamente. Al acabar la lucha, regresé y no había nada, a no ser pilas y pilas de cadáveres degollados, pudriéndose. Fue un error volver a hacer la aldea en donde está.

Y respecto del morro de Favela:

—Todo lo que está ahí enfrente es un cementerio vivo. Un padre, tres años después de la lucha, decía que aquello había que cercarlo, cerrarlo y ponerle una cruz en la puerta. Canudos es un auténtico cementerio. Excave, va a toparse con huesos de difuntos.

Manuel Ciriaco viene bajando, despacio, del tinglado del mercado, con paso grave, imponente. El viejo negro tiene sus ochenta años, el pecho erecto como un muchacho de veinte. Se sienta junto a nosotros, acepta una taza de café, mueve lentamente el azúcar, pide permiso para darle el primer sorbo. Tiene el cabello blanco, como blanca es su barba, blancos sus enormes bigotes. Manuel Ciriaco deja a un lado la taza y habla. Tiene ochenta años contados, nació en Canudos y la primera vez que vio a Antônio Conselheiro todavía estaba muy chico.

—Llegó aquí, se estableció en una casa muy grande, en un local donde hoy está el tinglado del mercado, con las mismas ropas que siguió usando el resto de su vida. Vino de viaje, con su oratorio, se quedó unos doce días y continuó hacia Cumbe, donde predicó. Era una persona infatigable, hizo mucho por todo este sertón. De ahí se fue para Monte Santo, a hacer reparaciones en la iglesia y construir los muros de la subida de la Divina Santa Cruz. Trabajó unos meses y se fue para Uauá. Fue cuando, en Natuba, en donde había subido una facción y caído otra, poco antes, el prefecto Chico Dantas, con ostentación de fuerza, comenzó a cobrar impuestos. El Conselheiro estaba en la tierra y el pueblo, sin oír al *Bom Jesus*, se fue a enfrentar a las autoridades de Chico Dantas, sin darle importancia al cobro y desafiando al hombre. El prefecto, empavorecido, pidió

El Conselheiro estaba en la tierra y el pueblo, sin oír al Bom Jesus, se fue a enfrentar a las autoridades de Chico Dantas, sin darle importancia al cobro y desafiando al hombre.



refuerzos a Bahía. Fue cuando dijo el Conselheiro: “Ustedes van a sufrir por esto, pero yo, que cuido de ustedes, me quedo para protegerlos”. Cuando los soldados llegaron a Masseté ya los *jagunços* habían reunido tanta gente, que daba miedo: los masacraron. De ahí en adelante el poder del Conselheiro aumentó, pues el gobierno se hizo el blando: si se hubiera tomado en serio el “negocio”, la perdición de aquellos tiempos habría sido una tontería.

Existe la preocupación, siempre visible, de declarar inocente a Antônio Conselheiro: Manuel Ciriaco narra con precisión las fechas, que casi siempre coinciden con las de Euclides, por ejemplo. Es un cronista de su gente. Habla con seriedad, citando año, mes y hasta día.

—Canudos se hizo fuerte y de todas partes acudía el pueblo a escuchar la palabra de Conselheiro. Fue cuando en 1895 vinieron unos padres y hablaron con el *Bom Jesus*. Éste los recibió con suavidad. ¿Y no pasó que estos hombres pagaron la hospitalidad yendo a predicar al pueblo en contra de Conselheiro? Ahí el pueblo se corrompió y, si no hubiera sido el Conselheiro, la cosa habría ardido. Se expulsó a los padres y casi no regresan a su tierra, a donde fueron a alborotar lo que estaba quieto. Luego fue la gresca de Juazeiro,¹³ que no dio la lucha de Uauá. Del norte vino un espía a avisar que las tropas venían en camino a acabar con Canudos. La *jagunçada* se acuarteló y, de madrugada, llegamos a Uauá, donde la cosa estuvo bien hecha. Joven que no caía muerto, corría entre los cardos que daba pena.

—¿Y las armas?

—Al principio eran tonterías de nosotros mismos. Pero luego de esta expedición y de la de Febrônio la cosa mejoró. De esta última nos hicimos de armas que no se conocían en el sertón. Los soldados las dejaban tiradas, una suerte para los *jagunços*. El personal empezó a entrenar con ellas; trataban de quebrar una botella a un kilómetro de distancia. Después fue Moreira César. Éste parecía que sólo había venido a entregar aquel despropósito de armamento a los *jagunços*.

Flanqueado por dos compañeros, Manuel Ciriaco suelta una carcajada clara y gustosa.

—A su mozo ese Moreira César ya lo había “encomendado” para morir. No fue el *jagunço* quien lo mató a él, no. Una viuda, cuyo marido había sido asesinado por él, mandó a un soldado vengar al finado. Cuando Moreira entró, como un loco, hacia el interior del Campamento, nadie disparó contra el hombre, de allá no salió un solo disparo. El soldado fue quien



¹³ Ciudad en el norte de Bahía, sobre la ribera del río San Francisco.

aprovechó y disparó. Ésta es la historia verdadera y puede repetirse por doquier.

Y sigue:

—Fue un presente para los *jagunços*. Se llenó una casa grande sólo de armas y parque, un hecho jamás visto. Debido al final de la guerra es este asunto de decir que la gente recibía armas de fuego, una tontería. Uno u otro amigo de Conselheiro, y que mandaba así fuera desde un grado, un regalo. Pero para llenar hasta el cuello, sólo Moreira. Y no era sólo eso: una riqueza de arrieros, de plata, de dinero suelto por el desierto, en fin, todo.

Vino luego la lucha: Moreira César tirado, muerto, debajo de un umbú. El coronel Tamarindo también pereció esa vez. Se cuenta que el hombre decía palabras feas, yo no lo sé, no lo oí. Hoy está sepultado en la cruz del camino. Si fue feo lo que pasó, fue gracias a él.

Manuel Ciriaco narra los acontecimientos sobre la cuarta expedición, con una minucia de días y horas.

—No me quedé hasta el final. Las dos fuerzas del general Artur Oscar y del general Savaget enfrentaron a los *jagunços*, los cuales luchaban sin temor. Recuerdo muy bien lo que fue el fuego de Cocorobó. El 26 de septiembre ya se sabía que todo estaba perdido, pero ninguno aflojó. Hasta yo sabía que Antônio Conselheiro ya estaba muerto. Dicen que fue de una dolencia en el estómago, aunque antes se hubiese tirado de la nada en el pie. El día 26 logré salir del Campamento con unos familiares míos y en esta toma salió también Vila Nova, un amigo con cualidades, un hombre nada menos. En Jiquí conseguí dejar a Vila Nova con una persona de confianza y continué mi viaje para poder resguardarme mejor. Supe que la lucha había terminado, que no había quedado nadie. Los soldados derrumbaron todo, echando fuego, cortando cabezas.

Días después regresó a Canudos. “Era un horror”, asegura Manuel Ciriaco.

—Era de dar miedo. La descomposición olía a leguas de distancia, la gente veía correr a los gusanos en los cadáveres y los buitres formaban nubes. Todo abandonado, a nadie se sepultó. Fue cuando Ângelo dos Reis, por caridad propia, trajo unos hombres y enterró ahí mismo a los *jagunços* muertos. Todas esas colinas que ve el señor están llenas de huesos de tiradores. Se acabó Canudos y durante unos diez años no se vino aquí más que de paso. En 1909 no había ninguna casa. Y la gente que se salvó vivía por las haciendas, el mercado más cercano estaba en Riacho de Pedra.

Ciriaco habla de las dificultades de los tiempos actuales, la sequía asolándolo todo, la tierra de Canudos que no da para nada:



En los últimos días, yo estaba en el reducto, vi la campana mayor reventar bajo las balas, golpear contra las piedras al caer. Hoy nadie sabe con certeza el destino de la campana, que se escuchaba a una legua en todas estas inmediaciones.

—Del tiempo del Conselheiro no me gusta hablar por no pasar por mentiroso, había de todo por estos alrededores. Daban de todo y hasta caña de azúcar, de pelar con la uña, se daba bien por estos rumbos. Verduras en abundancia y lluvias a voluntad—. Y melancólico: —Ese tiempo parece mentira.

Vuelta a hablar de Antônio Conselheiro y Manuel Ciriaco hace el elogio sin reserva del *Bom Jesus*.

—Hombre bueno y respetuoso. La mujer para él era de respetar, y mucho.

Desmiente la versión de que Conselheiro contemporizaba con los atentados a la moral de las jóvenes, alegando que ellas debían “saber del árbol del bien y del mal”.

—Es falso. Toda falta es atrevida, cuanto más la desaparecida...

Manuel Ciriaco habla sobre su vida actual.

—Dios me ayudó. Comencé a criar unas cabritas, pero vino la sequía. En 1932 apareció aquí el ingeniero Luis Vieira, quien me prometió un empleo en los trabajos que se iban a iniciar. Tomé el trabajo y luego me jubilé. Se va viviendo, tengo mi mujer, ya vieja, para dar cuenta...

Francisco Cardoso de Macedo concuerda con Manuel Ciriaco; con un gesto, confirma lo que el negro viejo va contando. Ahora él toma la palabra y cuenta su historia, coincidiendo muchas veces con la de Ciriaco.

—Yo ya tenía 32 años cuando el enfrentamiento grande. Tenía una familia hecha, viviendo a una legua de aquí, en la hacienda de Angico. De vez en cuando venía aquí a saludar al Conselheiro, a escuchar sus consejos, sus pláticas, le tenía mucho respeto. En sus charlas, el *Bom Jesus* preveía los acontecimientos y hablaba contra el nuevo régimen de la República. No digo que yo tomara las armas, pero serví a nuestro jefe. En los últimos días, yo estaba en el reducto, vi la campana mayor reventar bajo las balas, golpear contra las piedras al caer. Hoy nadie sabe con certeza el destino de la campana, que se escuchaba a una legua en todas estas inmediaciones.

“Muchos podrían estar contando la historia de Canudos, aquí mismo, puesto que se salvaron, mujeres y niños principalmente. Pero después del exterminio los llevaron a la capital. Unos regresaron, otros no. De aquellos tiempos, hay pocos aquí; somos unos veinte”.

La vieja María Guilhermina de Jesus se limita a mostrar una cicatriz enorme, debajo del mentón.

—Nací y me crié dentro de Canudos, en donde permanecí hasta el fin de la lucha. En el último combate, una pieza cayó adentro de la casa y el estallido me hirió en el cuello, ahí donde ve el señor. El “curandero” del Conselheiro hizo sus curaciones;

Organos Periodisticos y Radio - Difusión de muestras
Colonias en México.

Audición Libanesa
Circula los días de 9 a 10 p. m. en la X E R M. (Hacienda del chocolate Abasco), 1925 A.C., al mismo programa semanal de los días.
Ejecuta: SATIM AB 1113
Pagos: 227.17 Apartado: 100 Tel: 124523 Mérida, D. F.

Revista EMIIR
PUBLICACION ANUAL DE CULTURA

"Revista", fue fundado el 1o. de Junio de 1937.
Carrera Mexico No. 1424890 y 142491 Oficina: Mexico No. 146114
P.O. Box No. 108 Mérida, D. F.

AL-FARAEED
Las Gemas
* * * * *
Presidente: Susana Jefe de Redacción: **JULIUS NUNEZ**
Carrera Mexico No. 142491 Tel: 14-24-91 Mérida, D. F. Editor: **David Chertani**
* * * * *

AL GURBAL **Espectro Vocación**
Circula los días de 9 a 10 p. m. en la X E R M. No. 22 Boq. 241
Carrera Mexico No. 142491 Mérida, D. F.

AL KURBAN
"AL KURBAN"
* * * * *
Proprietario y Jefe de Redacción: **ALFREDO BILIM**
Carrera Mexico No. 142491 Tel: 14-24-91 Mérida, D. F.

después de cuatro días en cama pude huir a Simão Dias. Me quedé por allá diez años.

A una pregunta nuestra responde:

—La mujer en Canudos no peleaba y no me acuerdo de haber visto gente de faldas agarrando un arma de fuego. Pero nosotras ayudábamos mucho. Cuando se dio el sitio de Canudos, yo tenía 25 años. Me acuerdo bien de Antônio Conselheiro, hombre muy bueno y no había a quien no le gustara. Hombre sabio, entendía cómo enseñar las cosas como nadie, era un gusto ayudar en sus obras. Trabajé cargando piedras para la iglesia nueva, trayendo cal de Vargem, a nueve kilómetros de aquí. Cuando la carga era muy pesada, bastaba con que él la tocara para que la gente creyera que pesaba poco. Había mucha fe en el Conselheiro y era una felicidad escuchar sus enseñanzas, pues sólo predicaba para el bien.

Huí por el camino a Uauá. En los últimos días la gente escuchaba a los soldados gritar que “quien no quisiera morir que saliera por el camino a Uauá, que estaba abierto”. Nos salimos, pues además de estar herida, me enteré que *Bom Jesus* había muerto. Ya no había ninguna esperanza de nada.

La seriedad de María Gilhermina contrasta con el espíritu alegre de Idalina María de Conceição, viejita de ochenta años.

—Ya estoy vieja y ya no puedo decir nada, no. ¿Quiero saber de esos tiempos, donde sufrí tanto?

Idalina vive rodeada de su familia, de hijos y nietos.

José Ciriaco también tiene poco que decir. Hermano de Manuel Ciriaco, contrasta con él por su piel blanca.

—Lo que dijeron los otros está muy bien dicho. Asistí en toda esa lucha. Poco tengo que añadir.

Quedó de regresar por la noche para conversar. José Ciriaco vive lejos, no lo volvimos a ver.

Y luego el espectáculo de la vida sin fin del viejo Mariano. Cuando la lucha arreció en Canudos ya era un hombre maduro: tenía cincuenta años. Se cuenta que fue un viejo sin miedo, dispuesto, bueno con el rifle. Hoy el negro tiene cien años, vive de la caridad ajena, viviendo en el fondo de la casa de José Marcionilo, durmiendo en una estera, sin ya poderse poner de pie. Mientras tanto, a pesar de ser centenario, conserva una lucidez perfecta. El viejo Mariano, con su expresión dolorosa, como que no se percata de nuestra presencia. A muchas de nuestras preguntas no responde, o lo hace con monosílabos evasivos, como evitando comprometerse, como quien responde a un interrogatorio policial. Se tiene la impresión de que ya perdió la razón. Pero cuando afuera del cuchitril alguien susurra que él mató a mucha gente, viene la respuesta enérgica:

—¡Yo no maté a nadie, no!

—¿Participó usted en los combates?



—No.

—¿Ayudó a Conselheiro?

—¿Quién no lo ayudaba?

—¿Estuvo todo el tiempo con él?

—¡Antes de que terminara la lucha fui a *Bom Conselho!*

—¿Qué hay de Conselheiro?

—Sólo podía ser un santo. No mandaba matar, no mandaba mentir, no mandaba robar. Sólo llevaba al bien. El que se quiso desgraciar, se desgració...

—¿Y después de la lucha?

—Regresé a Canudos, fui uno de los primeros que regresó por estos lugares, en donde antes no faltaba el verde de las hojas. Hoy la sequía es todo el año.

—¿Casado?

—Tengo mujer.

En ese momento, María Mariano venía llegando del mercado, donde gente piadosa le da de comer. La mujer del viejo se asusta. —¿Qué quieren con él? —pregunta en seguida. Al saber de qué se trata, se tranquiliza. También se rehúsa a hablar, dice que no participó en nada, apenas acompañaba a su viejo.

—Dejé a mi padre y a mi madre por el amor que le tenía. ¿Por qué lo iba a dejar? Me quedo con él hasta el fin —y María Mariano miraba a su marido centenario con una expresión de suavidad y de ternura, como si fueran amantes de veinte años de edad.

Todavía hay más sobrevivientes en Canudos, algunos de ellos vienen poco a la aldea. Nos vimos con la vieja Teodora, María Ernesto, la vieja Mamede, el viejo Cardoso, Estanislau y una mujer, el viejo Broegas, Antônio Pinto y su mujer, Josefina. También con la longeva Vareza de Ema, aún vive el negro Pedrão, que Euclides menciona como uno de los dos choferes, como “el terrible defensor de Cocorobó”. Silva Lima, ingeniero en jefe de las Obras Contra as Secas, tuvo la amabilidad de mostrarnos una declaración de Pedrão. Viejo, encorvado, vive arrastrándose, y, según sus palabras apenas participó en el combate de Cambaio. Dice que el defensor de Cocorobó fue el Chiquinho de María Antônia, que el doctor Silva Lima cree que se trata de Chiquinho Mota, referido por Euclides. En cuanto a los demás, sus actividades fueron apenas misiones particulares de Conselheiro, “funciones de retaguardia”. En su vejez, Pedrão combatió a Lampeão y fue funcionario de Obras Contra as Secas.

En pocos años, la mano de la muerte se posará sobre estas cabezas encanecidas; dejarán de latir estos corazones donde rugiera el demonio del odio. Y sus historias las contarán sus hijos, sus nietos. Los viejos como Mariano, Pedrão, Guilhermina,



inmortalizados en las páginas de *Los sertones*, serán sombras de un pasado que nunca más se repetirá.

Monte Santo¹⁴

Al llegar a Monte Santo, en una mañana agradabilísima, nuestra impresión es diferente a la de Euclides da Cunha, cuando se detuvo allí con las tropas federales, cuarenta años atrás. En lugar de un “poblado de aspecto repugnante” del que habla el autor de *Diário de uma expedição*,¹⁵ lo que vemos es una localidad tranquila, con sus pequeñas casas de un colorido encantador, golpeadas por los primeros rayos del sol. Allí está la plaza, el tamarindo, la iglesia principal, el viejo desván que fuera sede del cuartel general, hoy prefectura y cárcel pública al mismo tiempo. Es como un gigante la sierra de Piquaraçá, en donde el fanatismo religioso construyó la famosa *vía sacra* a través de obstáculos considerados aún hoy como insuperables.

Monte Santo queda a cuatrocientos kilómetros de distancia de la capital y es todo un capítulo en la historia de la lucha de Canudos, como lo fueran las “expediciones” en busca de minas de plata y de piedras preciosas. La sierra, inmensa y solitaria, visible a leguas de distancia, en un panorama majestuoso, como lo vimos entre Cumbe y Monte Santo, en la naturaleza más árida y más sencilla de los sertones de la zona, fue protagonista mudo de las “expediciones” famosas de Roberto Dias, y antes, de su padre Belchior Dias Moreira. Y cuando centenas de años después las expediciones militares recorrían el sertón bahiano para destruir el reducto de Antônio Conselheiro, Monte Santo fue de nuevo un paso obligatorio, a base de operaciones, ingresando a la historia por la pluma de Euclides da Cunha, quien atravesó una amplia región con la ilusión de un oasis refrescante y llegó sólo al poblado para expresar su horror por la localidad, donde “cuesta admitir las posibilidades de vida en medio tan estricto, exiguo y miserable”.

Se recorren cincuenta años después de la estancia del gran escritor, “allí donde se tiene la sensación aplastante de la inmovilidad del tiempo”. Puede ser que todo haya cambiado, que “aquellas callejuelas que más parecían inmensas cañerías de cloacas, sin aplanar, destruidas”, hayan desaparecido para dar lugar a la aparición de casitas modestas, limpias, azules, rojas,

¹⁴ “O Calvario dos sertoes baianos”, *O Cruzeiro*, 27 de marzo de 1948, Salvador de Bahía, pp. 52-58.

¹⁵ Euclides da Cunha, *Canudos (Diário de uma expedição)*, Río de Janeiro, Livraria Jose’ Olimpo Editora, 1939.

ROPA “LA VICTORIA”, S. A.

Fabricamos una línea completa en

*Ropa de Mezclilla
para Hombres y Niños*

Teléfono 866 Apartado 187
SALTILLO, COAH., MEXICO

En toda su superficie, hasta la punta, existen veinticuatro capillas que representan los pasos de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, en un camino de piedras que, al decir de Euclides, es “un milagro de ingeniería tosca y audaz”.

blancas, rosas, en contraste con el verde oscuro de la sierra. Pero no. Me cuentan las personas de esa época que nada ha cambiado, que tal vez las casas ahora estén más limpias, pero que las calles son las mismas, la iglesia es la misma, y la plaza y el tamarindo.

Recorro lentamente, en una mañana fría, las calles pequeñas y estrechas, donde miles de soldados se apretujaban, en una falta enorme de espacio, en promiscuidad con los habitantes del lugar, muchos de ellos tal vez precursores de la quinta columna, saliendo furtivamente hacia el interior de Canudos, llevando informes. Observo la plaza desierta y veo una visión de aquellos tiempos, recibiendo los heridos que venían del teatro de la lucha, enfriando entusiasmos, haciendo creer a la población la invencibilidad de Conselheiro.

Enfrente, dominando nuestra mirada, como ya lo venía haciendo kilómetros atrás, la sierra famosa. El poblado, a sus pies, desaparece mezquino, ante lo abrupto del monte que parecería convertirse en el Calvario de los sertones nordestinos, para donde van todos los años multitudes de decenas de miles de personas, durante Semana Santa, o los miles todos los sábados.

En toda su superficie, hasta la punta, existen veinticuatro capillas que representan los pasos de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, en un camino de piedras que, al decir de Euclides, es “un milagro de ingeniería tosca y audaz”.

Y es al gran señor del paisaje sertanero a quien apelamos para no describir aquí:

Quien sube la extensa vía sacra de tres kilómetros de longitud, inclinada desde la base hasta la cima de Monte Santo, comprende bien la tenacidad incoercible del sertanero fanatizado. Resulta difícil de concebir el esfuerzo realizado para el levantamiento de esa maravilla de los sertones. Protegido a ambos lados por muros de mampostería capeada de un metro de alto por uno de ancho en ciertos puntos la calzada, teniendo nosotros como suelo la roca viva, ese camino notable por el que han rezado las letanías las grandes procesiones de cuaresma y por el que han pasado incalculables legiones de penitentes, es un milagro de ingeniería tosca y audaz.

Y continúa:

Comienza embistiendo de frente contra la montaña, siguiendo la normal del declive máximo, con una rampa de cerca de veinte grados; en la quinta capilla, dobla a la izquierda y prosigue con una inclinación menor; gira más

adelante, bruscamente, a la derecha, en una disminución continua del declive hasta el seno más bajo, una especie de garganta de espigón. Continúa por éste, de manera horizontal, por cerca de doscientos metros hasta enderezarse de nuevo, atacando al final contra la última subida escarpada y dilatada hasta Santa Cruz, en lo alto. Una cosa asombrosa. Tiene tres mil metros aproximadamente, y, en ciertos segmentos, fue raspada en la roca durísima y áspera.

La pequeña expedición dirigida por el viejo Josias Peixinho, que desde niño es el custodio de las veinticuatro capillas, subimos lentamente la *vía sacra*. Todos los sábados sube el monte para abrirlas a los peregrinos que vienen de todas partes. Vienen de los sertones de Bahía, de Ceará, de Pernambuco, de Minas, de Algoas, a visitar Santa Cruz, en la punta del cerro. Y a la pregunta menos avisada de un compañero, si aquello era obra de Antônio Conselheiro, Peixinho responde rápido: —Para nada. La Santa Cruz de Monte Santo es obra de fray Apolonio de Todí, hoy en la gracia del Santísimo.

Fray Apolonio de Todí fue un gran evangelizador de nuestros sertones, bien distinto a los capuchinos que prometían a las poblaciones temerosas nada menos que el fuego de los infiernos. Apolonio de Todí, no; era de voz suave y persuasiva, sabía sacar provecho de todas las buenas oportunidades. Iba de una localidad a otra, al mando del obispo de Bahía, quien conocía con toda certeza la importancia de tan buen pastor.

En alguna ocasión, el padre fue invitado para predicar las santas misiones en la hacienda Lagoa da Onça, perteneciente a un latifundista, Francisco da Costa Tôrres, la cual no hacía lo que debía a falta de agua. Se marchó entonces la peregrinación a otro local, en donde había agua abundante y cristalina, cosa rara en esos parajes. Fue a la sierra de Piquaraçá adonde, en atención a los “grandes ruegos”, el padre llegó en octubre de 1785, quedándose alarmado con la pobreza del cuchitril que constituía la llamada casa de oración. “Me quedé confundido”, describe, “pero Dios me inspiró, pues al otear esa sierra la encontré parecida al Calvario de Jerusalén, luego empecé a levantar una capillita de madera y a hacer un buen enrejado para decir misa y al mismo tiempo mandé cortar troncos de masilla y de cedro, porque en este monte, que medido, sólo le faltan 300 para una legua, los pasos de Nuestra Señora de los Dolores y de Nuestro Señor”. Al padre no le costó trabajo conseguir una colaboración inestimable, sobre todo de carpinteros y de albañiles. Una vez hechas las cruces, todas benditas, las fueron colocando en las respectivas distancias que “mandan los sumos pontífices”.



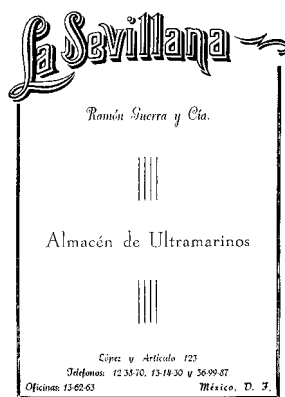
Se habría de dar el milagro revelador: cuando una gran multitud se desplazaba por la depresión existente en la cordillera de la sierra, se levantó un “huracán de viento, tan violento, que no sólo apagó las linternas que cada quien traía, sino que fue preciso tirarse al suelo, sobre todo las mujeres que venían atrás”. El pueblo se asustó y fray Apolonio gritó, tratando de aplacar con su voz el clamor de las tempestades, que invocaran a Nuestro Señor del Amparo, que hicieran la señal de la cruz y, al hacerlo, todo acabó de repente. En lo alto, el padre dio un sermón de penitencia y exhortó a la multitud a invocar, también, la Santa Cruz y, al mismo tiempo, dejar de llamar a la sierra de Piquaraçá, para denominarla Monte Santo.

Una vez que fray Apolonio se fue, al día siguiente, al pueblo de Mirandela, “comenzaron a aparecer a lo largo de las cruces arcoíris de cinco colores: azul, amarillo, blanco, violeta y rojo”, lo que hizo que el pueblo volviera al Monte para visitar las cruces santas y al besarlas “vieron entonces que sanaban los que estaban enfermos”. Es fácil evaluar la extensión de las noticias de los milagros. Acudieron legiones de enfermos que iban a subir la abrupta cuesta para besar los “pasos”, invocar la Divina Santa Cruz. Y Monte Santo vio crecer su población enormemente con quienes venían de todos los reductos a curar sus males.

Fray Apolonio regresó y empezó a construir las capillitas y la iglesia en lo alto, “lo cual se hizo fácil y rápidamente, porque el pueblo, lleno de fervor y ayudando Dios en todo al pueblo, se hizo lo que nunca se pensó”. Y cuando él se fue para siempre rumbo al sur a “evangelizar y confirmar”, Monte Santo ya era feligresía por decreto de 1790 de Su Majestad.

Subimos con un esfuerzo físico enorme, pensando en aquellas palabras de fray Apolonio de que aquello se hizo “fácil y rápidamente [...]”. El hecho curioso es que en el mismo lugar en que durante la famosa procesión se levantó el “huracán de viento”, el ventarrón casi nos arrastra. Coincidencia, o tal vez es un lugar en el que los vientos permanentes tienen esa enorme fuerza.

En cada capilla de los pasos hay enfrente de la Cruz colocada por fray Apolonio un panel alusivo al Pasaje de Cristo. Pintado sobre hojalata, por un artista anónimo, cada cuadro es una sorpresa desconcertante. Hay tal fuerza en la expresión, un colorido ingenuo que muchas veces recuerda los colores tan brasileños de Cicero Dias, que nos distraen de la belleza del paisaje, nos dejamos atrapar por esa muestra admirable de arte popular. Se ven ahí los soldados, las mujeres, María, María Magdalena, Pilatos, con expresiones maravillosas, que tal vez envidiarían pintores eruditos. Y el Cristo, en muchos de



los paneles, asume una grandeza que nos hace recordar a los Cristos de Rouault.

Y a medida que subimos esta inmensa muralla china, transitando los “pasos”, descansando exhaustos en cada uno de ellos, la vista se extiende infinita y soberbia. Allá abajo, recorrida como un pequeño tablero de ajedrez una pequeña ciudad, con sus manchas verdes alrededor, único fresco en aquel amplio panorama, de centenas de kilómetros, árido, seco, cenizo, inmenso.

Después de la última pendiente abrupta, se llega a la cima, en donde se encuentra la capilla grande, bajo la invocación de la Divina Santa Cruz. Se restauró hace cerca de diez años y su fachada quedó desfigurada por un pseudoestilo desafortunado y disonante con la arquitectura sencilla de las demás capillas. En el atrio, una infinidad de exvotos de madera, cabezas, brazos, piernas, troncos, en una confusión, que recuerda las fotografías de los cadáveres de los campos de concentración nazis.

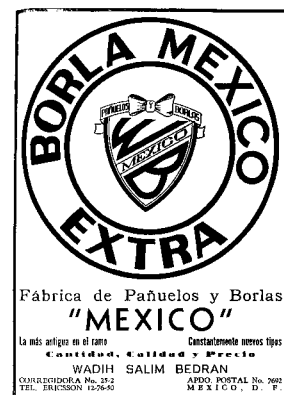
Allá adentro, en Santa Cruz, cubierto con un manto blanco, el Señor Muerto, y Nuestra Señora de la Soledad, que el pueblo un día vio derramar lágrimas de sangre, apiadada del cansancio de Antônio Conselheiro, después de subir el Monte Santo, una peregrinación nocturna más dramática que la de fray Apolonio de Todi.

Jadeantes, apenas pudiéndonos sostener en pie, casi indiferentes al panorama nunca visto por nuestros ojos, leemos el libro de las visitas que el guía nos da a firmar. Vemos que el vicario consideró un milagro de Santa Cruz el que la Columna Prestes no atacara la ciudad. Ahí está la totalidad del registro del padre Berenguer: “Al asaltar los revolucionarios de la Columna Prestes este Estado, la Divina Cruz operó el gran milagro de librar a esta feligresía del asalto de esa banda de insubordinados, haciendo que ellos no traspusieran los límites de esta feligresía; entonces, en acción de gracias, el día 3 de mayo de 1926, canté una misa en esta capilla, haciendo traer al templo un trío. En esta fiesta de gracias a la Divina Santa Cruz comparecieron más de dos mil personas. El padre Francisco Berenguer, vicario de la feligresía”. En esta época hay registradas numerosas visitas de oficiales y soldados del Quinto Batallón Paulista, que combatió la Columna Prestes.

En otra ocasión, un poeta no se contentó con la majestad del ambiente y de la región y perpetró un soneto como hiciera el señor Godofredo Góis, terminando así:

*E confiante em ti, ó Cruz Sagrada
Eu seguirei cumprindo o teu fadário
Sê o farol divino em minha estrada.*

*Jadeantes, apenas pudiéndonos
sostener en pie, casi indiferentes
al panorama nunca visto por
nuestros ojos, leemos el libro
de las visitas que el guía nos da
a firmar.*



Centenas más agradecen los favores recibidos, el alivio de males, la aprobación de exámenes, la titulación de médicos o las licenciaturas realizadas.

Un día la ciudad despierta indignada: unos ladrones robaron los dos cofres de limosnas y, lo que es más, robaron un cordoncillo de oro de Nuestra Señora de la Soledad. Vemos el registro que hizo el vicario el 17 de julio de 1929. Alza la voz: “¡Un crimen! ¡Un tremendo sacrilegio! ¿Dónde estabas, Cruz Divina, que no castigaste al profanador de tu santuario?”. La indignación del padre es tal, que llega a decir que le faltó poder a la Santa Cruz para castigar al malhechor, “cadáver ambulante, monstruo oculto bajo una apariencia humana”. Pero él mismo contesta que no, apela a la caridad divina, pero que la justicia no fallará. Nos cuenta el guía Peixinho que se dio con el ladrón: él y un hermano suyo fueron autores del sacrilegio; lo soltaron para ir en busca del hermano, el dinero y el cordoncillo. La autoridad policial aceptó de buena fe y los cacos, al día de hoy, no han regresado.

Uno de nosotros insiste en la pregunta:

—¿Entonces Antônio Conselheiro nada tiene que ver con Monte Santo?

—Sí lo tiene. El Conselheiro ejerció y aún hoy ejerce su influencia por estas centenas y centenas de leguas en torno a su viejo reducto. Monte Santo escuchó su palabra, él también subió su *vía sacra*, con su legión de penitentes, viendo el “milagro” de Nuestra Señora de la Soledad, que derramó lágrimas de sangre al ver al *Bom Jesus* cansado y jadeante. Son obra suya las murallas encaladas en la subida hasta la primera capilla. Llegó y vio los estragos, convocó a su gente, a su multitud de fanáticos y levantó los muros laterales que protegen la subida.

Nos dice la vieja María Espírito Santo do Bomfim:

—Si el “barullo” no hubiera alejado al Conselheiro de nuestra tierra, las mejoras habrían llegado hasta la cima. Nada tengo que decir del hombre que vi, predicando el bien allá, en la cumbre. En aquel tiempo, otras eran las cosas, el pueblo era muy bueno. Después vino la guerra, yo vi las tropas pasar rumbo a Canudos, los soldados volviendo heridos, una cosa sin sentido.

Volvemos una vez más para observar el panorama de la sierra de Piquaraçá, con su impresionante *vía crucis*.

La presencia de Antônio Conselheiro, cincuenta años después, era fuerte y viva, por encima de la inmensa muralla, como ha sido por todos los alrededores de los dramáticos ser-tones de Bahía.

Agencia de Inhumaciones
EUSEBIO GAYOSSO
 CASA MEXICANA FUNDADA
 EL AÑO DE 1875
 Av. HERNÁNDEZ 17
 MÉXICO, D. F.

Edificio de Capillas
 EN EL PASEO DE LA REFORMA 273

Ambulancia Gayosso
 PARA EL TRASLADO DE ENFERMOS
 NO CONTAGIOSOS
 35 - 80 - 13 Tels. 18 - 05 - 80